

Homilía de Domingo Primero de Adviento

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Velad, pues no sabéis cuando vendrá el dueño de la casa”

Introducción

Introducción al adviento

Un nuevo año litúrgico comenzamos. Cuando se dice “nuevo” no hay que entender “otro año más”, quedándonos en la coherencia cronológica. Lo de “nuevo” ha de indicar lo que la misma palabra indica: lo que no teníamos hasta ahora se nos ofrece. La liturgia ayuda a ello al hacernos pasar de un año litúrgico que corresponde al ciclo A, a un nuevo año que corresponde al ciclo B. Ese cambio de ciclo implica cambio en la Palabra de Dios que ha de guiar nuestra reflexión y nuestra oración, más aún nuestra vida en este año que empezamos.

Y lo empezamos con el tiempo de Adviento. Esto no es nuevo, cada año empieza con ese tiempo. Pero también en el Adviento tenemos lecturas propias del ciclo B. Eso sí, con el mismo objetivo de los tres ciclos: iniciar el año litúrgico poniendo en el centro a Cristo. En el Adviento suscitando nuestra necesidad de él. Sintiendo la urgencia de su presencia como Mesías que tenían las figuras del adviento, Isaías y Juan Bautista. Y disponiéndonos para sentirle entre y dentro de nosotros, como la otra gran figura del adviento, María. Nos preparamos para acoger a Cristo el Liberador, el Mesías, el ejemplo perfecto de nuestra condición humana, desde la convicción de que a él hemos de dar cuenta de nuestra vida, en su segunda y definitiva venida. Para asegurarnos éxito y premio en esa segunda venida se hizo presente en la primera: recibirle adecuadamente en la primera –tener hambre de él- es asegurarnos su acogida cuando nos presentemos ante él. ¡Buen adviento!

Fray Juan José de León Lastra

Coordinador de la página de predicación

Introducción al Domingo Primero de Adviento

El estado de vigilia es propio de las almas enamoradas. Cuando se vela por obligación, los párpados se cierran y el tiempo se hace pesado...Deseamos que alguien nos haga el relevo en lugares o circunstancias que requieren de nuestra vigilancia. El Amor, por el contrario, no puede hacer otra cosa que velar. Algunas obras de la literatura universal, ilustran esta afirmación: **“Duerme tú, Sancho –respondió Don Quijote-, que naciste para dormir; que yo nací para velar...”** (Cervantes, Don Quijote de la Mancha, capítulo LXVIII) Y es el amor a Dulcinea el que le mantiene despierto y le lanza a la aventura de devolver la esperanza y la ilusión a un mundo colmado de “entuetos”.

El Adviento es una llamada a no dormiros - como Sancho- en una vida cristiana cómoda y aletargada. A preparar todo nuestro ser de cara al **encuentro** con el Señor que viene. Esta preparación reclama apertura, imaginación, poner al servicio de los demás los dones recibidos, privilegiar la atención a los más pobres y golpeados de nuestro mundo. En todo caso, reclama nuestro compromiso.

La liturgia de este domingo, de manera especial, nos invita a tomar conciencia de que nuestra vida es un perenne adviento. Nos exhorta, también, a esperar la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, con una auténtica espiritualidad de conversión. A cultivar la nostalgia de que Él esté presente en nuestras personas y en nuestro mundo: **“¡Ojalá rasgues los cielos y bajas!**



Hna. María Teresa Sancho Pascua
Dominica Misionera Sgda. Familia. Caracas - Venezuela.

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 63, 16b-17. 19b; 64, 2b-7

Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre desde siempre es «nuestro Libertador». ¿Por qué nos extravías, Señor, de tus caminos, y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. ¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas. «Descendiste, y las montañas se estremecieron». Jamás se oyó ni se escuchó, ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por quien espera

en él. Sales al encuentro de quien practica con alegría la justicia y, andando en tus caminos, se acuerda de ti. He aquí que tu estabas airado y nosotros hemos pecado. Pero en los caminos de antiguo seremos salvados. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un vestido manchado; todos nos marchitábamos como hojas, nuestras culpas nos arrebataban como el viento. Nadie invocaba tu nombre, nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano.

Salmo

Salmo 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19 Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha; tú que te sientas sobre querubines, resplandece; despierta tu poder y ven a salvarnos. R/. Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó, y al hijo del hombre que tú has fortalecido. R/. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1, 3-9

Hermanos: A vosotros gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Doy gracias a mi Dios continuamente por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Cristo Jesús; pues en él habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en toda ciencia; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo, de modo que no carecéis de ningún don gratuito, mientras aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que seáis irreprochables el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 13, 33-37

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!». ».

Pautas para la homilía

El Amor nos mantiene en vela

Dicen que “el que espera desespera”...Más cuando se trata de esperar a alguien que no ha fijado día ni hora. Pero el Evangelio de San Marcos, lejos de una cronología estática, nos habla de un tiempo cualitativo en el que algo importante va a suceder y, por lo tanto, requiere de nuestra atención y cuidado. Sólo el dinamismo del Espíritu, el Amor al que viene, puede mantenernos en estado de vigilia, de manera expectante y gozosa. También nuestra praxis de la caridad puede acelerar su venida porque “Dios sale al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de sus caminos” (Is 64, 4).

En la perspectiva del Dios fiel

Marcos insiste en la necesidad de estar atentos porque el Señor quiere revelarnos algo en los acontecimientos de nuestro momento histórico: “¿Qué estás viendo?” (Jr 1, 11-13) Importante mirar a la historia como espacio familiar, lugar propicio para la búsqueda de la verdad y de la vida. Cuando se escribe desde América latina, donde la vida está tan deteriorada y, en ocasiones, es despreciada, el Adviento nos invita a levantar la esperanza de los pobres, para situarnos en la perspectiva del “Dios fiel” (1Cor 1,9), que se acerca a nosotros asumiendo nuestra precariedad. Pero en el deseo de que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10)

El adviento de la vida

En cada etapa de nuestra vida, siempre esperamos algo: culminar unos estudios, conseguir un trabajo, formar una familia, lograr un sueño...Nuestra historia personal, la historia toda de la humanidad, es un adviento, un camino hacia el futuro. Y, en general, es un camino difícil, porque la vida misma así lo es. Si consideramos los puntos rojos del planeta, llenos de genocidios, hambre y guerras, nos puede invadir el desaliento y menguar la esperanza de que otro mundo mejor sea posible. Es pues, la tensión entre el presente y el porvenir, un prestar atención a las sorpresas imprevisibles de Dios que siempre está viniendo, lo que nos sitúa en el adviento de nuestra vida. Para los discípulos y discípulas de Jesús, el futuro es Dios el cual se hace presente en nuestra historia, en la persona del Verbo encarnado.

Espíritu de conversión

No se trata de cultivar sentimientos de culpa, de pensar que Dios nos ha abandonado, como pensó la comunidad posexílica: “todos éramos impuros” (Is 64, 5), sino de experimentar el hecho de la filiación divina y vivir sus consecuencias: “Tú, Señor, eres nuestro padre,/ tu nombre de siempre es “nuestro redentor” (Is 63, 16) La experiencia de un Dios Padre nos lleva a vivir con hondura la fraternidad, a buscar nuestra verdad y la de los demás, a practicar la justicia y a ser personas gratuitas. Con frecuencia somos personas calculadoras: tú me das, yo te doy. Nada más lejos de la esperanza cristiana y del amor sin límites que Dios nos tiene. La experiencia de hija y de hijo nos hace personas reconciliadoras, y nos regala el don de ser testigos de la presencia de Cristo, en un mundo con anhelos de liberación y plenitud.

Encuentro gozoso

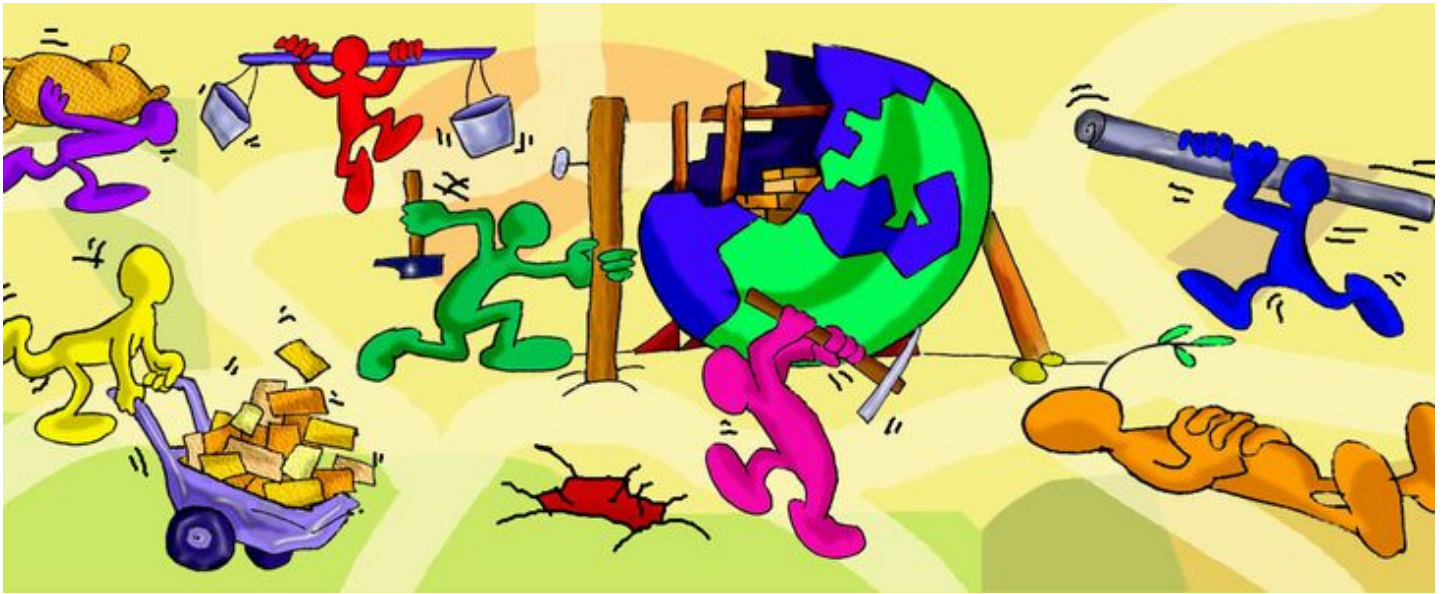
El Adviento no deja de ser un **gozo anticipado**. Es un tiempo cualitativo en el que nuestro corazón se prepara para el Encuentro con “aquel que sabemos nos ama”, en el decir de Teresa de Jesús. Tanto la celebración del Adviento que realizamos cada año, como la vivencia cotidiana de la venida del Señor a nuestras vidas, debe templar la espera con una vida de oración, atención a los signos de los tiempos, con una entrega vital y gratuita a los pobres, enfermos, a los que carecen de esperanza. Desde ya, Dios nos llama a participar en la vida de su Hijo (1Cor 1,9) Encuentro anticipado que se verá colmado en la venida definitiva para cada uno de nosotros y para la historia de la humanidad.



Hna. María Teresa Sancho Pascua
Dominica Misionera Sgda. Familia. Caracas - Venezuela.

Evangelio para niños

I Domingo de Adviento - 30 de noviembre de 2008



Velad, pues no sabéis cuando vendrá

Marcos 13, 33-37

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!

Explicación

Dice Jesús: Amigos míos, estad atentos y bien despiertos para que no os coja por sorpresa el momento de mi llegada. Que cada uno cumpla con su tarea lo mejor posible. Así estaréis siempre preparados para acoger a quien venga y os necesite.